SENTIMIENTO RELIGIOSO

PAGANO Y MEDIO-EVAL

En la *Revista de Dublín* leí yo el otro día: «Los católicos somos dados á intimidarnos y atemorizarnos con la opresión imperiosa de la opinión pública, y no nos sostenemos como hombres á la faz de la sociedad anti-católica de Inglaterra. Conviene tener un conocimiento usual de que la opinión pública de la Europa católica mira á la Inglaterra protestante con una mezcla de impaciencia y compasión que contrabalancea en mucho la rrrogancia del pueblo inglés, de estos países hacia la Iglesia católica.»

La santa Iglesia católica, apostólica y romana, puede muy bien cuidar de sí misma; y no voy á defenderla contra los desprecios del Exeter Halb. El catolicismo no es una fuerza muy visible en este país, y la masa del género humano siempre tratará con ligereza las cosas más venerables, si no se presentan ante sus ojos como fuerzas visibles. En los países católicos, como dice la *Revista de Dublín* en tono de triunfo, hacen muy poco caso de la grandeza del Exeter Halb. La mayoría sólo fija los ojos en las cosas de la mayoria, y en Inglaterra la mayor parte es protestante. Y á pesar de eso, á despecho de todas las desazones que el sentimiento de un buen católico como el escritor de la *Revista de Dublín* tiene que sufrir inevitablemente en este país protestante; á pesar de la insensibilidad desdeñosa para la grandeza de Roma, que halla tan general y tan dura de soportar, ¡cuánto tienen que consolarle los muchos actos de homenaje hacia la sublimidad de su religión, que puede ver si observa bien! Le hablaré de uno de ellos. Que vaya á Londres, á ese delicioso sitio, esa isla dichosa de Bloonsburg, el salón de lectura del Museo Británico. Que revise su esquina sagrada, la región donde están colocados los libros teológicos. Casi temo decir lo que encontrará allí, de miedo de que Mr. Spurgeon, como un segundo califa Omar, entregue la librería á las llamas. Hallará una inmensa labor católica: la colección del abad Migne, dominando toda esa región y reduciendo á la insignificancia las débiles fuerzas protestantes que allí hay. El protestantismo está, por cierto, bien representado; el bibliotecario conoce demasiado bien su negocio para permitirlo de otro modo; todas las variedades del protestantismo están allí; la biblioteca de la teología anglo-católica, científica, decorosa, ejemplar, pero

de poco interés; allí están las obras de Calvino, rígidas, militantes, amenazadoras; las del doctor Chalmers, el cardo escocés cumpliendo con valentía su deber, como la rosa de Sharon, pero conservándose siempre muy escocés; las del doctor Channing, última palabra de la filosofía religiosa en un país donde cada persona tiene alguna cultura y las superioridades son mal acogidas, la flor de la medianía moral inteligente. ¡Pero qué divididos están unos contra otros, y aunque estuviesen todos unidos, qué empequeñecidos por el Leviatán católico que tienen á su lado! Majestuoso en su unidad de azul y oro, llena este estante tras estante y compartimento tras compartimento, su derecho, subiendo al cielo con los blancos folios del *Acta Sanctorum*; su izquierdo, sumergiéndose hasta el infierno con los octavos amarillos de la *Ley Digesto*. Todo está allí, en esa inmensa *Patrologiæ cursus completus* y

en esa *Enciclopedia teológica*, la *Nueva Enciclopedia teológica* y la *Tercera Enciclopedia teológica*; religión, filosofía, historia, biografía, artes, ciencias, bibliografía y chismografía. El trabajo abraza toda la extensión de los intereses humanos, como una de las grandiosas *catedrales medio-evales* es un estudio para una vida entera. Como la red de la Escritura, arrastra todo á tierra, malo y bueno, seglar y eclesiástico, sagrado y profano, como sea concerniente en algo á la humanidad. De amplia extensión como el poder que la produce, poder eminente desde luego para la historia de la *Iglesia*; no quizá para la Iglesia del futuro, pero indudablemente para la Iglesia del pasado, y en el pasado, la Iglesia de la multitud. Por esto es por lo que no sólo el hombre de imaginación, sino también el filósofo, tienen siempre afición á la Iglesia católica, á pesar de la propensión de ella á hacer-

les quemar, por causa de los ricos tesoros de la vida humana que han sido acumulados en su opinión.

La mención de otras congregaciones religiosas, ó de sus jefes, nos recuerda á la vez hombres de un tipo definido como sus parciales; la mención del catolicismo no sugiere nada especial. El anglicanismo trae á la memoria al episcopado inglés; el nombre de Calvino recuerda al doctor Canalisk; el de Chalmers al duque de Argyll, el de Channing la sociedad de Boston; pero el catolicismo sugiere—¿qué diré?—todo el *pell-mell* de los hombres y mujeres de las piezas de Shakespeare. Esta abundancia la refleja fielmente la colección del abad Migne. Las gentes hablan de esta ó esa obra que elegirían, si fuesen á pasar su vida con una; por mi parte, creo que escogería la colección del abad Migne. *Quidquid agunt homines*, como he dicho, todo está allí. No hay que buscar brillantez de forma ni perfección de edición; su papel es ordinario, el tipo feo, la edición indiferente, la impresión descuidada, la mayor y más desordenada confusión de erratas que encontré en mi vida está en una página muy importante de la introducción al *Diccionario de los Apócrifos*. Pero esto es precisamente lo que se encuentra en el mundo, más bien cantidad que calidad. No busquéis imparcialidad y espíritu crítico; al leerlo debéis hacer vos mismo la crítica; pues gusto tan poco de la crítica, como le gusta al mundo. Lo mismo que él prefiere las cosas á su manera, ultraja á sus adversarios, justifica sus ideas atropellando por todo, poniendo en evidencia todos los *pros* que le favorecen y suprimiendo todos los *contras*; que es precisamente lo que hace el mundo, y la crítica evita. Abrid el *Diccionario de los errores sociales:* «Las persecuciones religiosas del tiempo de Enrique VIII y Eduardo VI, disminuyeron un poco

en el reinado de María, para estallar otra vez con nueva furia en el reinado de Isabel.» ¡Ahí está un resumen de la historia de la persecución religiosa bajo los Tudores! Pero poco razonable sería reprochar la falta de crítica al trabajo del abad Migne, que, por la naturaleza de las cosas no puede tener, en vez de estarle agradecido por su abundancia, variedad, sugestión infinita y feliz adopción en muchas circunstancias delicadas del tono cortés y moderado del hombre de mundo, ¡en lugar del tono y temple acre del fanático!

Sin embargo, á pesar de sus fascinaciones, el contenido de esta colección despierta algunas veces en nuestro interior el espíritu crítico. Recientemente me ha sucedido, que después de haber estado pensando mucho en Marco Aurelio y sus tiempos, tomé el *Diccionario de los orígenes del cristianismo*, para ver lo que tenía que decir

acerca del paganismo y de los paganos. Encontré mucho de lo que esperaba. Leí el artículo *Revelación evangélica, su necesidad.* Allí encontré qué sentina de iniquidad fué todo el mundo pagano; cómo un romano alimentaba sus ostras con sus esclavos; cómo otro dió la muerte á un esclavo para que un amigo curioso viese cómo se moría; cómo la madre de Galeno arañaba y mordía á sus camareras cuando se encolerizaba con ellas. Allí se daba esta cuenta de la religión del paganismo. «El paganismo inventó una multitud de divinidades con el carácter más odioso, atribuyéndoles los crímenes más abominables y más monstruosos. Personificaba en ellos la embriaguez, el incesto, el ladronicio, adulterio, sensualidad, bellaquería, crueldad y furor.» Y descubrí que de esta religión seguía tal práctica como podía esperarse: «¿Qué debe haber sido el estado de moralidad bajo la influencia de se-

mejante religión, que penetraba con su espíritu peculiar la vida pública, la de la familia y la vida individual de la antigüedad?»

Los colores en esta pintura son de brocha gorda, y por mi parte no puedo creer que sociedades humanas, con una religión y práctica como las descritas, puedan haber sufrido como las de Grecia y Roma, y todavía menos haber hecho lo que hicieron éstas. No nos persuaden las descripciones de los vicios de las grandes ciudades, ni tampoco los de individuos enloquecidos por ilimitados medios de entregarse á los goces. La vida feudal y aristocrática en la cristiandad ha producido horrores de egoísmo y crueldad que no fueron sobrepujados por la pompa de la Roma pagana; y además, en la antigüedad hay la madre de Marco Aurelio que oponer contra la de Galeno. Ejemplos eminentes de vicios y virtudes individuales poco prueban cuanto al estado de las

sociedades. ¿Cuál era la condición del pobre romano en el Aventino bajo los primeros emperadores, comparada con la de nuestros pobres en Spitalfields y Bethnal Green? ¿Cómo estaba en comodidades, moralidad y felicidad la población rural del campo de la Sabinia con el gobierno de Augusto, comparada con la población rural del condado de Hertford y del de Buckingham con el gobierno de la reina Vitoria?

Pero no voy á ocuparme ahora de estas grandes cuestiones. Sin tratar de responderlas, cuando leo una declamación como la antedicha, me pregunto á mí mismo si hallaré algo que me dé una percepción distintiva y aproximada de una diferencia real en el espíritu y sentimiento entre el paganismo y el cristianismo, y del efecto natural de esta diferencia sobre el pueblo en general. Tomo un poema religioso representable del paganismo, del paganismo que todo el mundo tiene en la imagi-

nación cuando se le nombra. Para ser un poema representable, debió ser de uso popular para que la multitud lo escuchase. Ese poema religioso puede buscarse al fin de uno de los mejores y más felices idilios de Teócrito, el quinto. Para que el lector pueda seguirme en la dirección de pensamientos en que estoy, lo traduciré; y para que pueda ver el medio en que está creada esta poesía religiosa, la sociedad en la cual se compuso, las gentes que lo formaron y son formadas por ella, lo traduciré por completo ó casi todo (pues no es largo el idilio en el que se desarrolla el poema).

El idilio es dramático. Unos doscientos ochenta años antes de la Era Cristiana, dos mujeres de Siracusa, que paraban en Alejandría en la ocasión de una gran solemnidad religiosa—la fiesta de Adonis—convinieron en ir juntas al palacio del rey Tolomeo Filadelfus para ver la estatua de Adonis, que la

reina Arsinoe, esposa de Tolomeo, había adornado con magnificencia especial. Se iba á recitar junto á la estatua un himno de un afamado compositor. Los nombres de las dos mujeres son Gorgó y Praxinoe; sus doncellas, mencionadas en el poema, se llaman Eunoe y Eutyches. Gorgó viene citada á la casa de Praxinoe para reunirse con ella, y empieza el diálogo:

GORGÓ.—¿Está en casa Praxinoe?

PRAXINOE.—Mi querida Gorgó, ¡por fin! Sí, aquí estoy. Eunoe, acerca una silla; pon un almohadón.

GORGÓ.—Así está bien.

PRAXINOE.—Sentaos.

GORGÓ.—¡Oh, qué espíritu vagabundo corre por ahí! Con dificultad he llegado hasta vos, Praxinoe, por medio de tanto gentío y tantos carruajes. No se ven más que hombres de uniforme y botas altas. ¡Y es un viaje! Mi querida niña, vivís *demasiado* lejos en realidad.

PRAXINOE.—Cosas de mi loco mari-

do, que ha elegido venir aquí, al fin del mundo, y tomar un agujero para vivir—pues esta no es una casa—con el propósito de que vos y yo no estemos vecinas. El siempre es lo mismo: ¡dando motivo para una riña, para causar enojo!

GORGÓ.—Querida mía, no habléis así delante del niño; ya veis cómo os mira asombrado. No hagáis caso, Zofirio, vidita mía; no habla de papá.

PRAXINOE.—¡Cielos! El niño comprende.

GORGÓ.—¡Papá es bonito!

PRAXINOE.—Ese bonito papá suyo, el otro día, cuando le envié á una tienda á comprar jabón y colorete, me trajo en su lugar sal (aunque de antemano le había dicho que pensase en lo que iba á hacer). ¡Animal, estúpido!

GORGÓ.—El mío es precisamente igual á él... Pero ahora no hay que pensar en eso; arreglaos, y vámonos al palacio á ver al Adonis. Yo oí que las

decoraciones de la reina son espléndidas.

PRAXINOE.—En las casas de las gentes de alto copete todo es grande. ¡Qué cosas habéis visto en Alejandría! ¡Cuánto tenéis que contar á las personas que nunca han estado aquí!

GORGÓ.—Vamos, tenemos que marchar.

PRAXINOE.—Todos los días son de fiesta para las gentes que no tienen nada que hacer. Eunoe, recoged vuestra labor, y tened cuidado de cómo la dejáis, perezosa, pues al gato le gusta hacer de ella una cama. ¡Vamos, moveos, traedme agua, vivo! Necesitaba primero el agua, y la muchacha me trae jabón. No importa, dádmelo. ¡No echéis toda esa, extravagante! ¡Derramad el agua, estúpida! ¿Por qué no tenéis cuidado de mi vestido? Basta ya; mis manos van lavadas como Dios quiere. ¿Dónde está la llave de mi guardarropa ancho? ¡Traedla aquí, vivo!

GORGÓ.—Praxinoe, no podéis pensar qué bien hecho está ese vestido y qué bien os sienta. Decidme, ¿os costó mucho? el vestido solo, digo.

PRAXINOE.—No habléis de eso, Gorgó; más de ocho guineas de buen dinero contante. Y cuanto al trabajo, he gastado casi mi vida en hacerlo.

GORGÓ.—Y bien; pero no podíais haberlo hecho mejor.

PRAXINOE. — Gracias. Traedme el chal, y ponedme bien el sombrero; muy bien. No, niño *(Al pequeño)*, no os llevo; hay un coco á caballo que muerde á los niños. Llorad todo lo que queráis; no quiero que quedéis lisiado para toda la vida. Salgamos. Muchacha, ten al niño y entretenle; llama al perro á dentro, y cierra la puerta de la calle. *(Ellas salen.)* ¡Cielos! ¡Qué tumulto! ¿Cómo vamos á atravesar por medio de todo esto? Están como hormigas; no se pueden contar; ¿que será de nosotras, querida Gorgó? Aquí están

los guardias reales de á caballo. Buen hombre, ¡no echéis el caballo sobre mí! Mirad ese caballo apretado entre el gentío, cómo se levanta derecho; ¡qué brioso es! Eunoe, ¡tened cuidado, tonta! Ese caballo, de seguro causará la muerte del hombre que lo monta. ¡Qué contenta estoy ahora de haber dejado al niño en casa!

GORGÓ.—Muy bien, Praxinoe; ahora estamos seguras, porque han llegado adonde han de quedar apostados.

PRAXINOE.—Sí; ya vuelvo á revivir. Desde el tiempo en que era una niña he tenido más horror á los caballos y á las serpientes que á cualquiera otra cosa del mundo. Sigamos; aquí viene un pelotón de gente hacia nosotras.

GORGÓ *(á una anciana)*.—Madre, ¿sois de palacio?

ANCIANA.—Sí, querida mía.

GORGÓ.—¿Hay alguna probabilidad de llegar allá?

ANCIANA.—Los griegos llegaron á

Troya á fuerza de intentarlo, linda señora; el poner los medios siempre conseguirá algo en este mundo.

GORGÓ.—La vieja ha dicho el oráculo, y desapareció.

PRAXINOE.—Las mujeres pueden decir todo acerca de todo, sin exceptuar el casamiento de Júpiter con Juno.

GORGÓ.—¡Mirad, Praxinoe, qué apretón hay á las puertas del palacio!

PRAXINOE.—¡Grandísimo! ¡Cogeos á mí, Gorgó, y vos, Eunoe, cogeos á Eutyches! Bien agarradas, si no os perderéis; sigamos todas juntas. ¡Sosteneos firmes junto á nosotras, Eunoe! ¡Ay, querida! ¡ay, querida! Gorgó, ya mi chal se ha rasgado en dos pedazos. ¡Por amor del cielo, buen hombre, por vuestra esperanza de salvación, tened cuidado de mi vestido!

TRANSEUNTE.—Haré lo que pueda, pero eso no depende de mí.

PRAXINOE.—¡Qué pelotones de gente! Empujan como una piara de cerdos.

TRANSEUNTE.—No os asustéis, señora; ya estamos bien.

PRAXINOE.—Mi querido señor, ¡ojalá estéis bien hasta el último día de vuestra vida, por el cuidado que habéis tomado por nosotras! ¡Qué hombre tan bueno y considerado! Ya está Eunoe estrujada en un apretón. ¡Empujad, gansa, empujad! ¡Muy bien! Ya estamos todas al buen lado de la puerta, como dijo el novio cuando se vió encerrado dentro del cuarto con la novia.

GORGÓ.—Praxinoe, venid por aquí. ¡Mirad este bordado qué delicado es! ¡Qué precioso! Podrían usarlo en el cielo.

PRAXINOE.—Patrona celestial de las bordadoras, ¿qué manos se emplearon para hacer ese trabajo? ¿Quién dibujó esos bellos modelos? Parece que se destacan y se mueven como si fuesen de bulto, como seres vivientes y no obra de aguja. ¡Pues el hombre es una criatura maravillosa! ¡Y mirad, mirad qué

encantador yace en su lecho de plata ese amado Adonis, con un vello suave en las mejillas; ¡Adonis á quien una ama á pesar de estar muerto!

OTRO CONCURRENTE.—Parad vuestra incesante charla, ¡desdichadas! Como las tórtolas, no cesáis un momento. Bastan ellas para matarle á uno con su algarabía de acento abierto; no se entiende sino a, a, a.

GORGÓ.—Señor, ¿de dónde viene el hombre? ¿Qué os importa si *somos* parlanchinas? ¡Dad órdenes á vuestras sirvientas! ¿Queréis darlas á mujeres de Siracusa? Habéis de saber que somos originarias de Corinto, como lo fué Bellerophon; hablamos como en el Peloponeso. Supongo que á las mujeres de Doria les será permitido tener el acento dórico.

PRAXINOE.—¡Oh Proserpina dulcísima, no tengamos más dueños que el que nos hemos dado! Nosotros no cuidamos de *vos* para nada; os ruego que

no os molestéis vos tampoco gratuitamente.

GORGÓ.—¡Sosegaos, Praxinoe! Esa eminente cantatriz, hija de la Orgive, va á cantar el himno á *Adonis*. Es la misma que ha sido elegida el año pasado para cantar la endecha. Estamos seguras de oir de *ella* algo magistral. Está tomando su aire gracioso, disponiéndose á empezar.

Así continúa el diálogo; y tal como está en el original no puede ser demasiado elogiado. Es una página acabada de arrancar del libro de la vida humana. ¡Qué facilidad! ¡Qué animación! ¡Qué alegría! ¡Qué naturalidad! Se ha dicho que Teócrito, al componer este poema, plagió una obra de Sofrón, poeta de un tiempo mejor y más remoto; pero aunque esto sea así, la forma es la propia de Teócrito, y ¡cuán excelente es esa forma, cuán magistral! ¡Y este es un poema de la decadencia griega! Pues la poesía de Teócrito es, después de

todo, poesía de la decadencia. Cuando es así la poesía de la decadencia, ¿cómo debió ser la de su apogeo? Luego, la cantatriz comienza el himno:

«Señora que ama las grutas de Golgí é Ydalium, y las cumbres de Eryx, Afrodita que juegas con el oro, ¿cómo, después de doce meses, las rápidas Horas te han traído á tu Adonis, desde el caudaloso Acheron? Las generosas Horas son las más negligentes inmortales, pero toda la humanidad espera con ansia su llegada, pues siempre traen algo con ellas. ¡Oh Cypris, hija de Dionisia! Tú cambiaste—así se dice entre los hombres—á Berenice, de mortal á inmortal, dejando caer en su hermoso pecho gotas de ambrosía; y agradecida á esto, ¡oh tú, que tienes muchos nombres y templos! Arsinoe, hija de Berenice, imagen viviente de la hermosa Elena, muestra su gratitud festejando á Adonis con toda suerte de magnificencias.

»Ante él se depositan en canastillas de plata todas las frutas que producen los árboles, y en vasos de alabastro, con incrustaciones de oro, el bálsamo de Siria, y todas las confituras hechas por habilidosas mujeres en sus artesas, amasando con harina blanca todo género de flores, y todas las figurillas aladas y rastreras formadas con dulce miel y aceite refinado, están colocadas delante de él. Para él se levantaron arcos y bóvedas frondosos con profusión de fresco anís, y los cupidillos las recorren tocando las flautas, como tiernos ruiseñores que ensayan sus alitas volando en el árbol, de rama en rama. ¡Oh, el ébano, el oro, el águila de marfil blanco que sostiene en lo alto á su escanciador Zeus! ¡Y mirad allá!, hay un segundo lecho tendido para Adonis, las colchas de grana son más suaves que el sueño (así Miletus y Samián el pañero lo dirán); Cypris tiene la suya, y el hermoso Adonis, ese no-

vio de diez y ocho ó diez y nueve años coronado de rosas, tiene otra. Sus besos no ofenderán, el bozo sobre su boca es todavía ligero.

»Ahora, Cypris, buenas noches, te dejamos con tu novio; pero mañana por la mañana vendremos con el primer rocío y lo llevaremos adonde las olas salpican con sus espumas la costa, y cada una de nosotras con el cabello suelto y dejando caer las túnicas, con el seno desnudo, cantaremos esto en tono melodioso:

»¡Amado Adonis, entre los semidioses sólo tú (así dicen los hombres) tienes permiso para visitarnos á nosotras y al Acherón! Esta suerte no la tienen ni Agamenón, ni el poderoso lunático héroe Ajax, ni Héctor, el primogénito de los veinte hijos de Hécuba, ni Patroclo, ni Pyrro, el que volvió de Troya, ni esos aún más madrugadores Lapithae y los hijos de Deucalión, ni los pelasgianos fundadores de Argos y

de la isla de Pelop. Sednos propicio actualmente y favorable en todo el año. ¡Caro para nosotras has sido en esta venida, y querido serás cuando vuelvas!»

El poema concluye con un discurso característico de Gorgó.

«Praxinoe, ciertamente que las mujeres son seres admirables. ¡Saber todo eso esa afortunada mujer! ¡y más afortunada todavía en tener una voz tan magnífica!, y ahora debemos tratar de volver á casa. Mi marido no ha comido. Ese hombre es todo vinagre; y si le hacéis esperar por la comida, es peligroso acercarse á él. ¡Adiós, precioso Adonis, y ojalá nos halléis á todos bien cuando volváis el año próximo.»

Así decía la incorregible Gorgó, con el himno resonando todavía en sus oídos.

¿Pero qué himno es ese? De emoción religiosa y del consuelo que de esa emoción se origina en el significado